

# VIDA DEL GUERRERO BARBARO NICAROQUAN

CRONICA COMPUESTA POR

FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCION ZAPATA

DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO

AÑO DE 1684

## ADVERTENCIA

La presente historia la hemos copiado del legajo Núm. 3207, = J. 140, que lleva por título "Defensa de las costas del Mar Océano", en la Sección "Manuscritos" de la Biblioteca Nacional de España.

Versa ella sobre la historia primitiva de Indias, copiosísima veta que venimos aprovechando: dificultades inmensas para entender añejos documentos, destruidos en parte por los siglos que llevan reposando en aquellos anaqueles, entorpecen en grado extremo esta labor.

La relación que ofrecemos en las páginas que van á leerse es una biografía del cacique Nicaroguán, guerrero indígena que al igual de Guaicaipuro, el indomable Rey de los Teques, en Venezuela, y de otros muchos, ya araucanos, ya charrúas ú otomíes en el Sur, hizo poderosa resistencia al conquistador español. Nicaroguán, en Centro América, realizó vertiginosa y ruda epopeya durante más de quince años.

En cuanto á la forma artística de la presente obra, es de lo más encomiable: el padre Zapata es uno de los cronistas del siglo XVII más emotivos y disertos.

En muchos de sus pasajes, el adorno de la frase y la sutileza del criterio hacen pensar en las páginas espejeantes y castizas que otro gran clérigo escritor escribió respecto de la conquista de Hernán Cortés: nos referimos al cronista oficial de Méjico: Solís.

En 1550 acertó Gil González Dávila á subyugar y reducir á mandato al cacique Nicaragua, de la más sosegada manera.

Encontrábase González Dávila en la tierra de Nicoya, otro cacique sumamente respetado y venerado por los naturales y en muy grandísima ocasión dueño de cuantiosa hacienda.

De esta tierra de Nicoya, que distaba más de sesenta leguas castellanas, mandó emisa-

rios á Nicaragua, proponiéndole reducción y sujeción al imperio de Su Majestad Católica.

Diéronse priesa y artificio los emisarios, asesorados por intérpretes indios, en hacerle ver con subidas exageraciones y comparanzas lo muy poderosos que eran los monarcas españoles y de lo muy verdadera que era nuestra santa religión de Jesús crucificado.

No se negó el cacique Nicaragua, y envió á decir al conquistador cristiano que fue-

se sin demora á imponerle la muy preclara gracia de su religión y mandato.

Con grandísima dificultad pudo llegar Dávila á las pueblas donde dominaba Nicaragua, y fué recibido á cuerpo de rey.

Vivos y exaltados agasajos se hicieron españoles y bárbaros.

Nicaragua regaló á Dávila una gran cantidad de oro fino, barras de plata, lindas y labradas telas de la más suave y hermosa hilaza, lucientes plumas amarillas, rojas, opacas y blancas, preciosísimas pieles y grande acumulación de bastimentos.

En cambio de todo esto, González Dávila hizo que el cacique se vistiese con un sayo de seda y una gorra de paño de grana, obsequiándole además con una gargantilla de cristales repulidos.

El cacique se mostró regocijado de todo. Y tornándose en extremo preguntón y curioso, empeñóse con el padre capellán le dijese "que si los cristianos tenían noticias del diluvio que anegó la tierra y de que si era cierto que iba á haber otro, si al fin del mundo caerían los astros sobre él, cuándo y cómo cesaría el curso del sol y perdería su claridad, y lo mismo la luna y las estrellas. De la misma manera preguntó de qué tamaño eran los astros que miraba en lo alto todas las noches. Acusó de imperfecta á la Naturaleza porque había noches oscuras y frías, siendo más ventajoso al hombre que hubiese luz y calor".

Sumamente curioso el indio, era una grandísima lástima que fuere de edad bastante avanzada, que á ser más joven y su voluntad en atraerse á la lumbre divina de la santa creencia, hubiese sido en grande manera beneficiosa su faena en la obra de la conquista y evangelización de todo el país.

Muy animado y alentado hallábase Dávila con tan buen suceso en aquellas dilatadísimas comarcas, cuando un emisario indio que llegó, enviado por "Nicaroguán", otro gran cacique de las altas montañas del Sur y distante de ahí 80 leguas, enviaba á decir que:

"Doliéndole mucho de la traición de Nicaragua y Nicoya á su suelo aceptando á los españoles como hermanos y acogándose á sus feos y horripilantes ritos, había resuelto ir contra unos y otros en son de guerra y dirigiendo un numerosísimo ejército que había aderezado con tal fin, que de la única manera que podían evitar los españoles el ser arrojados del territorio de una ferocísima forma, era tomando ellos el camino de su nación por donde habían llegado, renunciando á quedarse en tierra india dominando á los naturales, como parecía ser su propósito".

A la vez añadía que tanto Nicaragua como Nicoya, en su calidad de traidores á los de su raza, debían marcharse también con los españoles, abandonando sus tribus ó rei-

nos para él, Nicaroguán, imponerles su señorío y obediencia.

Que cuidaran de ejecutar aquel su mandato lo más apriesa posible, porque si se retardaban y esperaban su llegada serían todos cruelmente castigados.

Impuesto de todo González Dávila llamó á Nicaragua y luego envió un emisario á Nicoya, contándole lo que pretendía Nicaroguán y diciéndole á la vez que se moviese de su territorio con la mayor muchedumbre de gente de armas que pudiese, á fin de imponer al cacique rebelde el más áspero es-carmiento.

Tomó cuantas medidas le dictaron su claro discurso y buen entendimiento, y dispúsose, no á esperar el ataque del indio rebelado, sino salirle á buscar, darle ferocísima batalla de sorpresa y buena disposición para la ventaja de su parte.

Echando mano á un recurso de astucia y demasiada malicia, respondió al reto y provocación del arrogante Nicaroguán en esta forma:

"—Decid á tu arrogantísimo Rey, que estoy plenamente enterado de sus deseos. ; que yo he venido aquí muy de paso y con ideas de marcharme en seguida á mi país ; que tal como son sus deseos y mandatos de que abandone estas tierras serán cumplidos. Que en estos mismos días partiré, pues no quiero provocar su augusta cólera. Que de la misma manera he hecho reconocer á los caciques Nicaragua y Nicoya la justicia de su mandato, y han convenido ambos en marcharse conmigo y dejar sus reinos á la voluntad de Nicaroguán".

Tal fué el artificioso mensaje que González Dávila envió al arrogante indio; todas estas palabras iban grabadas en unas tiras de cuero de ciervo que usan aquellos naturales para poner su escritura y de lo que haré más adelante una muy detallada y cabal relación; quería Dávila coger al indio desapercebido para el combate, confiado en la verdad de tan engañosas palabras.

Era el subterfugio muy propio de la guerra y del momento; pero tenemos de hacer una reflexión dolidá de esta muy sutil desventura. Siempre fueron en demasía ingratas las victorias alcanzadas por el engaño y la mentira.

Con el pretexto santo de atraer nuevos rebaños de almas al redil del Señor, era más que confesable recurrir al artificio.

Dios perdonará lo que de duro y desolante se hace en su servicio; pero ¡qué tristísimo es ese mal de llevar á cabo una grande y piadosa obra por medio de tales expedientes!

Y sucedió como había previsto el capitán: Nicaroguán estaba desprevenido, creyendo en lo que le habían respondido por medio del emisario: creyó de buena fe que los españoles, juntamente con los dos caci-

ques, se habían aterrado con la amenaza de sus hordas.

Dejvo, en consecuencia, la formación de los numerosos aprestos de guerra.

Consideró ¡iluso! que con las tropas que hasta entonces tenía puestas en tercio le bastaría para formar gobiernos y dominaciones en las nuevas provincias tan fácilmente conquistadas, no ya por el esfuerzo de su brazo, sino que sólo con su amenaza y poderío.

Púsose al frente de unos diez mil indios y marchó hacia las tribus nicaraguas.

Como el trayecto era más de ochenta leguas castellanas, se estuvo más de diez días en atravesar la espesa región, muy intrincadísima de espesos bosques, ríos, pantanos, macizos de cordillera y llanuras donde la mucha fuerza de las vegetaciones dificultaban grandemente el paso.

Cerrada la noche, se puso á unas once leguas de distancia de las primeras comarcas que iba á conquistar, y como los naturales tuviesen mandato de avisar la proximidad del enemigo en el campamento español, los naturales abandonaron la primera puebla asaltada y corrieron á dar la nueva de la llegada de las tropas.

Del real de González Dávila salieron veinticinco jinetes con ánimos de causar la primera sorpresa á las tropas que avanzaban.

Grandísima fué en realidad la sorpresa que experimentó Nicaraguán.

El choque en demasía sangriento: fué tal el ímpetu de las hordas salvajes y el brío y ardimiento que les comunicó su caudillo, que el grupo de caballería estuvo á punto de ser dispersado por las chusmas indias.

No sólo una lluvia de dardos cayó sobre los soldados españoles, sino que también piedras, árboles derribados sobre ellos desde lo alto de las laderas.

Un grupo de doscientos indios guiado por Nicaraguán en persona se precipitó sobre un cuerpo de jinetes compuesto de diez soldados, que se alejaba buscando el resto de sus compañeros; los indios daban saltos y caían, ya sobre el cuello, ya sobre la grupa, y derribaban los jinetes.

De este grupo de soldados sólo pudieron salvarse tres, por haber tomado ventaja á todo correr.

Los otros fueron muertos y despedazados y comidos después, junto con las bestias.

En vista de este desastre, González Dávila redobló sus medidas, y abandonando el real que tenía establecido en las pueblas, fué en busca del enemigo, que avanzaba muy aína, creyéndose victorioso, y al mismo tiempo, ensoberdecidísimo por el engaño de que había sido objeto, impidiéndole de aquel modo alistar mayor número de tropa. Después de aquel encuentro, y convencido de que tenía que entablar batallas formales, envió uno de sus caudillos á que regresase al punto de partida y pusiese en movi-

miento toda la chusma guerrera de las montañas que él había dejado de alistar.

Por su parte los grupos que llevaba González Dávila al combate eran un si es no es respetables:

Doscientos soldados arcabuceros.

Cincuenta atendiendo á cuatro piezas de artillería.

Y 52 jinetes.

En tropas naturales de los dos caciques aliados llevaba 25.000, fuera de otros ejércitos que enviaba Nicoya y que estaban al llegar.

A pesar de la mucha superioridad de los españoles resistió con denuedo ardidísimo el cacique montañés.

Los primeros grupos de sus tropas, al encontrarse con los "Nicaraguas", arremetieron con tal furia que en pocos instantes los pusieron en desordenada huida.

Tuvo que acudir el propio Dávila con 60 arcabuceros á ampararlos; que si no, es casi seguro que fueran sacrificados todos.

Pero las dos primeras descargas de la arcabucería sembraron el espanto y la destrucción en las impetuosas hordas: tuvieron que cejar en su delirante ataque y tomar la revuelta aceleradamente.

Entretanto la artillería barría grupos numerosos de los ejércitos montañeses.

La batalla duró todo el día.

Empezando á cerrar la noche, comenzaron á retirarse los tercios de Nicaraguán, en medio de una infernal gritaría.

De los 10.000 guerreros que llevó al combate sólo quedaron escasos dos mil al cacique Nicaraguán.

Aquella misma noche, amparado por la espesa tiniebla, emprendió la marcha hacia su región.

Lejos de ir abatido por la derrota, iba ardiendo de coraje y con el propósito más fijo aún de tomar todos sus súbditos en armas, aderezar un ejército que fuese tan grande y de tal manera poderoso que no pudiesen resistirlo los españoles, aun con las numerosísimas chusmas de sus aliados.

Como se supo después por sus mismos compañeros de guerra, Nicaraguán iba vociferando, maldiciendo, blasfemando, enseñando los puños cerrados á los astros. Entre lo espeso del bosque, envuelto por las densas sombras de la noche, brillaban sus ojos como dos tizones encendidos, castañeteaba los dientes y le brillaban los incisivos como los de una bestia espantable.

"—¡A ese Nicoya, á ese Nicaragua! ¡Traidores, desgraciados, les sacaré los ojos, y la lengua, y la piel, y les haré arrastrar por sobre leños erizados de llamas! ¡Desgraciados, cómo se ponen de parte de los extranjeros y vienen á diezmar á los de su raza!"

Aquellas palabras en lo siniestro de los montes, en plena noche, eran como alaridos de un condenado.

Por su parte, los españoles y los caciques aliados dispusieron á hacerse aún más fuertes, y antes que dar tiempo al enemigo á hacer otro tanto, formaron el intento de seguirle, acosarle y diezmarle.

Los preparativos bélicos por los dos enemigos irreconciliables comenzaron con el mismo ardimiento por ambos lados.

Aunque sí es cierto que con harta dificultad para Nicaraguán, porque cuatro ó cinco días después de su primera batalla fué de nuevo alcanzado por veinticinco jinetes que, llevando mosqueteros á la grupa en número de treinta, habían sido mandados en su seguimiento.

Hubo, sí, una buena inspiración por parte del español, que le mandó á Nicaraguán un emisario, diciéndole que "viese lo duro que había sido el escarmiento por su grandísima terquedad en oponérsele á sus designios, combatiendo la santa idea que habían tenido los caciques aliados de ponerse de parte de los cristianos. Que Dios nuestro Señor era quien le castigaba por la rebeldía que había intentado contra su divinidad; pero que si volviéndose de su error tornaba á amar su santo nombre, uniéndose á todos en la común obra de evangelización, depondría las armas y le haría grandes regalos y agasajos; que le haría dueño y señor de cuantos reinos conquistara en la vasta región que partía de ahí hacia el remoto mar del Sur".

Pero Nicaraguán, encendido de rencor y odio y coraje contra aquellos agresores barbudos, á quienes ya detestaba tanto por ver en ello los sojuzgadores y los que le habían vencido en singular y reñido combate, no quiso ninguna clase de fraternidad con ellos. Contestó de modo más insolente y arrogante que nunca:

"—Decid á esos infames criminales y traidores que les odio y les exterminaré, que yo bien podría recurrir al engaño, á la traición y á la mentira, como ellos y sus aliados los traidores Nicaragua y Nicoya, fingiéndome sometido y escarmentado y sumiso á su poder, para sorprenderlos desapercibidos y diezmarlos y acabarlos; pero que mi arrogancia no necesita de tan bajos modos, bastándose con su valor y su brazo. Decidle asimismo que los aborrezco más que nunca y que me estaré por todo el resto de mi vida empeñado en acabar con ellos".

Esta áspera respuesta indicó á los españoles y á los caciques aliados que debían permanecer más que nunca prestos á las armas, puesto que aquella amenaza era tremenda, dada la mucha impetuosidad y valentía del indio.

En aquellas montañas espesísimas y erizadas de escarpas y breñales y desfiladeros!

Las fuerzas españolas, bastante apoyadas por numerosos cuerpos de indios, continuaron su avance hacia la región ocupada por las tribus de que era rey Nicaraguán.

Aquellas tribus abandonaban en masa

sus pueblas, que cuidaban de dejar incendiadas como para que los invasores no se sirvieran de ellas.

Asimismo destruían sus sembrados ó se llevaban consigo cuanta cosa ó bastimento tuviesen.

Se retiraban á lo espeso de las selvas, y muchos de ellos se fugaban con tal malicia y sagacidad, que el enemigo que iba en su seguimiento se encontraba confundido, por no encontrar rastro ni indicio alguno de ruta que pudiese conducirlo al través de los abruptos macizos de bosque.

Cuando el ejército español pudo ponerse en el pleno corazón de las tribus de Nicaraguán, ya éste tenía sobre las armas más de cien mil indios flecheros.

Fué aquélla una acción también reñidísima, en que pereció el propio Nicoya con más de treinta mil de los suyos. Otro tanto fué el estrago en los ejércitos de Nicaraguán, quien milagrosamente pudo escapar de una trampa.

La artillería y los jinetes al cabo repelieron ásperamente á sus huestes. Aquellos pelotones de guerreros morían en gran número.

Al cabo tuvieron que huir en la más reuelta confusión.

Con esta batalla sí quedó realmente abatido el ánimo del indomable cacique.

En la huida de aquella feroz derrota, le vieron que iba llorando como un niño.

—Me moriré —decía —sin haber visto castigados los traidores.

Después de esta memorable batalla, en que gran parte del territorio de Nicaraguán fué conquistado, huyendo su rey abatido y desesperado á lo más profundo de los bosques, hubo una paz de algo más de dos años.

Ya se creía que Nicaraguán, con los dos terribles escarmientos, no volvería por sus reales.

Pero fué una nueva calamidad; a los dos años y medio justos volvió la amenaza india más agresora y temible que nunca; arrasaron dos de las más hermosas encomiendas que se habían fundado, y pusieron en fuga un numeroso cuerpo de arcabuceros.

Después de otra batalla, en que se derramó copiosamente la sangre, fué vencido de nuevo el intrépido y temerario cacique montañés.

Mas de ahí en adelante ya no fué posible desligarse de la zozobra: cada cuatro, cada seis ú ocho meses, tornaba la chusma india á atacar las encomiendas.

Sucedió una ferocísima brega que duró nueve años, y dispuso el Gobierno de Su Majestad acabar de una vez con tan dura molestia.

Una grande escuadra que salió de la Coruña para el año de 1678, desembarcó en las costas de Castilla de Oro un cuerpo de 1.200 hombres de todas armas.

Mas antes de aderezar el largo historial de esta postrera y crudelísima guerra, haré

detenidamente á los que leyeren un relato general de lo que son aquellas vastísimas partes.

Ello es que, en medio de todo, daréme grande diligencia en la mayor amenidad que me sea dable, tanto de las gigantescas sierras, como de los valles y llanuras.

Estos indios habitadores de tales regiones eran extremosamente discurredores y despejados de entendimiento: veíaseles en todo su artificio, su industria, su trabajo de sahiduría, un grande modo de hacer.

Tenían grandes semejanzas con los de la Nueva España. Estaba en el uso el mismo sistema cronológico; se daba casi los mismos nombres á los días del mes y á los meses del año, y se hablaba el idioma natural por buena parte de los moradores. Había también libros escritos sobre tiras de cuero de venado. En ellos se pintaban las heredades, los caminos, los cerros, los ríos, los bosques y las costas, por ellos se explicaban los ritos, las ceremonias, las leyes, los trastornos de la naturaleza y las vicisitudes de los pueblos. Escribíaseles con tinta, ya negra, ya roja, y se los doblaba al modo de los aztecas. No faltaban tampoco templos ni sacrificios. Los sacrificios se hacían, sin embargo, no en los mismos templos, sino en túmulos contiguos, no más altos que una lanza. Allí se subía por unas gradas el sacerdote con sus víctimas, les cortaba la cabeza y rociaba con la sangre la cara de los ídolos. Se inmolaba ordinariamente prisioneros de guerra, y cuando no se los traía al volver de una campaña, se colocaban los capitanes alrededor de los túmulos y lloraban y exhalaban lastimeros alaridos. Pero también, como en Méjico, se empleaba para hacerse propicia al dios de las lluvias los holocaustos de niños y niñas. En honor de los dioses se vertía asimismo la sangre ajena y la propia; de la lengua de los labios, del miembro mismo se la derramaba. Sólo la mujer estaba exenta de tan penosos sacrificios. Ni concluían aquí las semejanzas entre los de la Nueva España y los nicaraguatescas. Creían también éstos que los dioses gustaban de olor del incienso, y que sólo se satisfacían con la sangre y el corazón de los enemigos; creían que iban al cielo las almas de los que morían en el campo de batalla. Eran aztecas hasta los nombres de algunas de sus divinidades. Quiateot (Quiahnitl, aguacero; Teotl, dios) se llamaba al dios de la lluvia; Hecat (Ehecatl, aire) al dios del viento y la borrasca; Marat (Maratl, venado) al dios de los cuervos; Tost (Tochili, conejo) al dios de los conejos y de las liebres; Vitzeot (Vitro, cosa espinosa, punzante, y Teotl, dios) al dios del hambre. Con una palabra, nahuastl, se designaba, por fin, en aquel tiempo al más célebre de los volcanes de Nicaragua; con la de Mesaya, y también con la de Popogatepec, corrupción, á no dudar, del nombre de Popocatepefl, que se había dado al volcán sito á

la entrada del valle de Nueva España. Masaya, Popocatepefl, Pagatepec, eran voces de tres lenguas distintas: la chorotega, la nahuatl y la niquirana ó nicaraguana, y las tres significaban Montaña Ardiente. Semejanza debía haber, y no de poca importancia, entre los nicaraguatescas y los yucatecas. Los nicaraguatescas se labraban el cuerpo sajiéndose polvos de carbón en todo el trayecto de la herida. Tenían para realizar estas labores de gobierno diestros, y las llevaban distintas, según el cacique ó señor á que pertenecían. En lo de sangrarse el miembro se parecían á los yucatanes, no á los de Nueva España, que jamás lo hicieron. También en la escritura usaban, además de imágenes, caracteres, y leían en sus libros como nosotros en los nuestros. Mas no por esto los nicaraguatescas dejaban de tener su fisonomía especial, sus especiales instituciones y sus costumbres. Hallábanse divididos, cuando la conquista, en cuatro grandes grupos: los niquiranos, que estaban hacia el Pacífico, entre el mar y los lagos, desde el golfo de Fonseca al de Nicoya; los chorotegas, los chontales y los caribisis. La cultura era mayor de los lagos al Pacífico. El parentesco de estas razas con las que poblaron el Anahuac, en nuestro sentir, es indiscutible. De los fundadores de Colhuacán se suponía descendientes á los chorotegas. Estos nicaraguatescas iban ya vestidos. Son dignas de notar las diferencias entre los dos sexos. No era en Nicaragua la mujer, sino el hombre, quien barría la casa y encendía la lumbre. La mujer tenía allí principalmente á su cargo ir á vender lo que el hombre ganase por la caza, la pesca, la agricultura ó la industria. Estaba reservado el comercio á la mujer y los demás trabajos al hombre. La mujer no gozaba, sin embargo, de gran consideración entre estos nicaraguatescas. No se le permitía poner el pie en el templo. No podía tomar parte en ningún acto religioso. En las grandes fiestas no le era lícito ni siquiera salir de casa, como no fuese para ir á recoger por la noche á sus hijos y á su marido borrachos. Figuraba sólo en algunos actos civiles. En otros, y esto es lo más singular, danzaban hombres vestidos de mujer y no mujeres. Considerábaselas, indudablemente, como seres impuros. No se les acercaba nadie cuando estaban en sus menstruas. Tampoco durante ninguna de las fiestas sagradas, ni desde que se sembraba el maíz hasta que se recogía. La cantidad no era, con todo, grande en Nicaragua. La mujer, tal vez á causa de ese mismo envilecimiento, se prostituía con harta frecuencia. Había multitud de rameras que vendían sus gracias por diez almendras de cacao. Había rufianes que las acompañaban y guardaban el hogar sin estipendio, y por sólo el deseo de complacerlas. Había burdeles públicos. Aun hijas de nobles padres, se entregaban de solteras á gran número de mancebos, con el

doble objeto de satisfacer sus apetitos y granjearse una buena dote".

Todo esto muy ocasionado á la más viva sorpresa en gente tan de suyo salvaje. Ahora permitiréme hacer, como lo ofrecí, el detalle á según me alcance el entendimiento, una descripción de las sierras.

De las más asombrosas obras que el Criador haya presentado á la mirada del hombre son aquellas inmensas sierras prolongándose infinita, fabulosamente, por todas las vastas posesiones de más allá del mar Océano.

Hacer su descripción de un modo que dé cabal idea sería vago miraje á las transparencias del habla, siendo artificio de que el entendimiento se vale.

Extensión asombrosa, porque nada hay en el orbe más imponente que estas elevadas montañas: comparadlas con el Océano enfurecido por las más horrorosas tormentas, con las cataratas de la Nueva España, con el cielo en una de esas noches en que parece una hopalanda fantástica regada de encajes fugaces, y veréis que todo eso es menos severo, menos majestuoso, menos imperioso ante el espíritu lleno de estupor que las contempla.

"Los Andes sobrenaturales", dice Américo Vespucio en uno de sus memoriales, y, en realidad, es como ha dicho el sabio nauta, sobrenaturales, porque tienen una majestad abrumadora.

Sus picachos, que se elevan al infinito como testas en desafío; sus contornos grises, ó rojos, ó violáceos, que se muestran ya enmelenados de árboles seculares, ó erizados de peñascos leviatánicos; sus valles, sus cañadas profundas, sus altiplanicies, sus crestas grietadas de la suprema blancura que mienten las nieves perpetuas.

El espectáculo arrebatador de la aparición del rubio Febo cuando le va tendiendo una como sábana de encajes amarillos en esos días en que está el cielo puro y limpio.

La suprema hermosura de la pereza con que las nieblas se van elevando de lo profundo de sus desgarrones y ascienden hasta las cimas para tornarse voladoras y desgarrarse en las más suaves ondulaciones.

Los mil ríos que le tejen una como divina telaraña, divina porque sólo la mano del Supremo Hacedor puede hilar en el alma de las más preciosas platas un artificio que es una realidad inconmensurable.

La palabra escrita no será jamás el pincel que pueda reflejar lo grandioso de esta grande obra de la Naturaleza.

En mis largos viajes he visto muchas cosas sorprendentes con que la mano de mi Dios ha asombrado mi humilde espíritu; pero ninguna como la emoción que me produjo un huracán en los arenales del Sahara y

una noche de tormenta en el mar Océano, contemplando no lejos cómo si iluminaban las cumbres de los Andes bajo el ala ensoberbecida del turbión.

Las eminencias de la gran cordillera son en aquellas latitudes las más altas. Frente con frente al istmo que divide el mar del Sur del mar de las Indias propiamente dicho.

Ya esta parte del sistema viene á ser la que sigue á los Andes de los Araucanos, ó de Chile, ó que nacen en las vastas soledades del Grande Plata; después continúa hasta hundirse bruscamente su formidable espón en el mar de las Perlas.

En esta parte, ó sea desde los venisqueros de Nueva España, al Sur del istmo, pasando por la región de los táchiras, de los táribas, de los mucutuyes, chachíes, hasta el Tocuyo, ó país de los tuicas, en esta parte inmensa que abarca más de seiscientas leguas castellanas fué donde guerreó por las armas de Su Majestad y por la Cruz el ínclito caballero Don Diego García de Paredes.

Después de una penosísima ascensión de cumbres, desfiladeros, saltando grandes desgarrones de la selva inmensa que forma á aquellos salvajes cerrajones una como gigantesca pelambre, pudo llegar el ejército mandado por Nicuesa Alvarez á ponerse en contacto con los indios.

Fué una batalla terrible; tanto más, cuando que Nicaraguán se disponía á emprender el golpe que él llamaba final contra los invasores.

"—Si esta vez no acabo con los extranjeros y los traidores, me quito la vida".

El ejército de Nicaraguán pasaba de setenta mil hombres.

La batalla duró poco más de medio día, y el ejército indio fué puesto en la derrota más fiera que hasta entonces se le hubiese dado.

Cuando el feroz caudillo nicaraguatega se vió vencido y rodeado de los enemigos, que ya lo iban á hacer cautivo, corrió hacia un farallón que había cerca del sitio en donde se encontraba, y montándose en él como sobre un pedestal, gritó:

"—No me habéis vencido, infames! No lograréis ni siquiera el cadáver de este hombre que os ha infundido pavor muchas veces aun con vuestras armas infernales! No tomaréis ni siquiera mi cadáver, porque ahora mismo me voy á precipitar á una madriguera de tigres para que me devoren, antes que pase por la vergüenza de ser vuestro prisionero".

Y diciendo estas inflamadas palabras se arrojó al abismo, un profundo precipicio cubierto de espeso bosque.

Su cuerpo se vió en el aire, al descender hacia el fondo del abismo como un objeto que se arroja desde lo alto de una torre.